

DOMINGO X DEL TIEMPO ORDINARIO (C)
Homilía del P. Bonifaci Tordera, monje de Montserrat
5 de junio de 2016
1 Re 17,17-24 / Gal 1,11-19 / Lc 7,11-17

Todavía resuena en nuestros corazones el Aleluya pascual y hoy el Evangelio nos vuelve a traer el tema de la victoria de Cristo sobre la muerte. Es evidente que el episodio nos quiere probar la divinidad de Jesús, que con su poder soberano y divino levanta de la muerte a un joven fallecido. Era simplemente un retorno a esta vida, ciertamente, pero apuntaba, sin duda, para los que leemos el texto con ojos cristianos, a la victoria definitiva de Jesús sobre la muerte. Porque sólo Dios podía dar nueva vida a un cuerpo muerto, tal como lo reconocen los mismos testigos del hecho: "Un gran Profeta ha surgido entre nosotros. Dios ha visitado a su pueblo". Este era un prodigio nunca visto, que les hace reconocer la acción de Dios sobre el joven.

Ya Elías fue reconocido como 'hombre de Dios' por haber devuelto con vida el hijo a la mujer viuda de Sarepta. Y S. Lucas calca un poco el proceso, recordando el anuncio de Isaías (26,19) "revivirán tus muertos, resurgirán nuestros cadáveres, despertaran jubilosos los que habitan en el polvo". Era ya un presagio velado del poder de Dios, que se manifestaría en Jesús. Pero fijémonos que Jesús no necesita hacer los gestos de Elías, no hace ningún espectáculo particular; simplemente pronuncia, con autoridad, una orden: "¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate!", unas sencillas palabras, y el muerto se sienta y empieza a hablar.

Jesús es, pues, el profeta que había de venir; sin embargo, era más que un profeta, y eso es lo que nos anuncia S. Lucas. Nos afirma que Jesús es el Señor de la vida y de la muerte por su resurrección, y que ya lo es desde ahora, antes de resucitar, por el hecho de hacer revivir un muerto.

Pero el texto aún nos dice algo más. Nos ha descrito la reacción de Jesús al ver la madre viuda llorando por su hijo único: "Al verla el Señor, se compadeció de ella y le dijo: «No llores». Lo dice con una palabra que se repite en casos similares de su Evangelio: por ejemplo, antes de resucitar a Lázaro, "viendo a Marta llorando, y los judíos que la acompañaban, "se estremeció en el espíritu"; es decir, se turbó interiormente, se compadeció. Igualmente, el padre del hijo pródigo, "cuando aún el hijo estaba lejos, lo vio y se le conmovieron las entrañas", se estremeció interiormente, se compadeció. Y, de forma similar, "un samaritano que iba de camino llegó hacia el hombre malherido y viéndolo 'se le conmovieron las entrañas', tuvo compasión. En cada uno de estos casos la reacción no se quedó en puro sentimiento, sino que le sigue una acción: a Lázaro lo hace salir del sepulcro; al hijo pródigo, el padre lo abraza, lo llena de besos y celebra un gran banquete; y el buen samaritano vendar las heridas del pobre malherido, les pone aceite y vino, y lo lleva a la posada. Pues bien, Jesús hace lo mismo: no sólo se conmueve, sino que devuelve a la vida al joven muerto. Y esto por su autoridad soberana movida por la compasión hacia la madre viuda. Tenemos aquí patente cómo es nuestro Dios. Dios, que no había hecho la muerte, tuvo compasión de los hombres mortales, y así envió a su propio Hijo, para que nos devolviera la dignidad de hijos y nos abriera las puertas de la eternidad. Jesús, pues, no podía dejar de resucitar "lo que el Padre le había confiado". Jesús era la "verdad, la resurrección y la vida", y así actúa en este milagro movido por sus entrañas divinas de misericordia.

También nosotros, que creemos que Él es el Hijo de Dios, y tenemos ya una vida nueva, nos resucitará para estar con Él en la gloria del cielo. Allí seremos configurados con Él y participaremos de su victoria. Aquella victoria que lo ha colocado a la derecha

del Padre, y donde recibe la glorificación de los ángeles y bienaventurados del cielo, y la adoración y la acción de gracias de toda la Iglesia y de toda la creación, aquí en la tierra.